

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido ni remotamente posible de no ser por las personas que nombraré a continuación. En primer lugar, mi padre; un hombre que no se lo piensa dos veces a la hora de preguntar en un ascensor lleno de gente: «Ame, ¿cuándo fue la última vez que fuiste al ginecólogo?» Como ya sabes, te adoro. Mi increíble hermana, *swami* y puntal constante, Holly Osman, por todas sus charlas para levantarme la moral del estilo: «¡Ánimo!, tú puedes hacerlo, está bien, sigue escribiendo, no, no te estás volviendo loca, de verdad, en realidad los locos no saben que lo están. De todas formas, creo que lo que pasa es que estás neurótica, y mucho, increíblemente neurótica, de una manera adorable, pero tendrías que salir de casa, en serio, ahora, ahora mismo. ¡Ahora! De acuerdo, entonces, ¿quieres que venga?» Eres la mejor.

Mi familia: Richard Osman, quien soportó mi colosal pérdida de aplomo y mi irreverencia aleatoria el día que intentó enseñarme cómo salir del aparcamiento del Banco Chase. A mi estupendo hermano, que me da todo su apoyo sin avasallar, Tommy Cohen, o, como a él le gusta llamarse, «Antes el Capítulo 24». Los igualmente estupendos Elisa Singer, Sarah y Eric Osman, Eli y Jessie Cohen, tía Betty Judson y nuestra copiloto favorito, Beverly Albert.

Mi querida y extraordinariamente divertida Robin Swid, que escuchó hasta la última frase de todos y cada uno de los borradores y sin la cual este libro sencillamente no existiría. Cada día efectuaba su mejor interpretación, fingiendo que era la primera vez que oía algo, una y otra vez, y eso estuvo bien (cuando no lo estuvo).

La imbatible Molly Friedrich, por creer que hasta los libros pueden ser «Flores Tardías» y por invitarme a una cena cara en el

Craftbar y emborracharme un poco cuando no creía que hubiese escrito ni una sola página. No puedo agradeceréte lo suficiente. Y por toda su ayuda: Paul Cirone, Andy *Later On* Marino, Nicole Keenealy, a la que deberían tener en cuenta para concederle la santidad, aunque sólo fuera por escuchar mis interminables preguntas sobre el ordenador.

En Hyperion, mi editora, la reina del dicho ingenioso perfecto, la gran Brenda Copeland, que es tan divertida y aguda que tengo problemas para pensar en algo lo bastante divertido y agudo para captar toda su divertida agudeza; Kathleen *Rock Star Supernova* Carr; Will Schwalbe y Ellen Archer; el siempre juvenil Bob Miller; Ashley Van Buren, *Miss Simpatía*; Christine Ragasa; Miriam Wenger; Christine Casaccio; Katie Wainwright; Claire McKean; Cassie Mayer, que fue la primera en sugerir este libro, y Michelle Ishay, por su magnífica cubierta.

Mis incansables lectores: Pal Irish y Richard Rodriguez, que me ayudaron minuciosamente a reconsiderar, vapulear, reducir, engordar y dar sensatez a incontables borradores. Mi editor del *New York Observer*, Peter Stevenson. Mi personal de apoyo: Amy Witkoff, Rachel Berman, Lulie Haddad, Ellen Biben, Jen Unter, Michelle Nader, Sarah Brysk Bridge y Sarah Dunn. Patricia Murrell, alias *Ian no deja de preguntarme cuándo vas a terminar tu libro*. Joyce McFadden, sin la cual tal vez hubiera escrito todos los artículos con lápices de colores, vestida con una bata andrajosa y zapatillas en un «centro de reposo». Phyllis Rose, que leyó mis primeros escritos, que casi eran tan ininteligibles como los borrones de tinta, y me animó a seguir adelante aun cuando ya no tenía que hacerlo.

Por último, muchas gracias a todas las personas ingeniosas, inteligentes y encantadoras mencionadas en las páginas de este libro. Espero que sepáis que salís en él porque sois absolutamente memorables. Os debo mucho y os doy las gracias por todo ello.

«Nunca es demasiado tarde para ser lo que podrías haber sido.»

GEORGE ELIOT

1

Para reformar

Crecí pensando que mi madre tenía la respuesta a todo. Cuando mirábamos una película en blanco y negro, ella siempre sabía algún dato oscuro sobre un actor que sólo tenía una frase. «¿Ves a ese pescadero que está detrás del buey, el que está gritando: “¡Matad al jorobado!”? —decía—. Se llamaba Skids Monroe. Provenía del teatro yidis y quedó trágicamente mutilado en un accidente que sufrió en una noria.»

Conocía la etimología de las palabras.

«La palabra “esteatopigio” significa caracterizado por tener grasa en las caderas y las nalgas —me explicó. Se pellizcó un mullido pedazo de muslo por debajo de la falda de tenis y añadió—: Todo esto que hay aquí es esteatopigia, ¡y antiguamente no se consideraba celulitis, sino una muy deseable prueba de fertilidad! —me señaló—. Recuérdalo la próxima vez que digas que estás horrible en traje de baño.»

Y sabía mucho de hombres.

Para mi madre sólo había dos respuestas para cualquier tema relacionado con el amor: que ya volvería o que estaba mejor sin él.

Cuando yo tenía dieciséis años y mi primer novio, Cliff Green, me dijo que debíamos vernos con más gente, me quedé muy abatida, presa de una desesperación que nunca había experimentado.

—¡Mi vida ha terminado! —exclamé llorando.

—Sé que estás disgustada, cariño, pero dame el cuchillo —dijo mi madre cuando me dio por comerme tartas enteras de una sentada.

A menudo se proponía levantarme la moral recurriendo a la asociación libre.

—A todos nos gustaba Cliff, y probablemente ya es hora de que te diga que, aunque tu padre y tú creáis que era vuestro pequeño secreto, yo ya sabía que Cliff salía de esta casa a hurtadillas todas las mañanas. Oía sus pisadas por el salón y el portazo en la cocina.

Yo estaba sentada en una pequeña escalera de mano con los codos apoyados en las rodillas, raspando el relleno de nata de un montón de galletas Oreo pasadas que tenía intención de devolver al tarro. Mi madre se encontraba detrás de mí, vestida con un kimono floreado azul marino y amarillo que habíamos escogido juntas en nuestro viaje a Japón. Su cabellera terminaba justo bajo el mentón. Por aquel entonces ya tenía el pelo completamente cano, de un color platino intenso, pero su rostro seguía sin tener apenas una arruga. Sus mejillas anchas y suaves, su nariz pequeña y sus ojos vivos color avellana eran prácticamente los mismos de hacía una década.

—Me alegra que me confiaras que estás deprimida por lo de tu relación. Al principio temí que Cliff y tú estuvierais fumando hierba y que por eso te entraba gusa —dijo, utilizando un poco de argot que había aprendido en un almuerzo de la asociación de mujeres de la sinagoga bajo el lema: «Di no a las drogas». Tiró a la basura un envase vacío de helado de mantequilla de pacana que me había comido y otro de menta con pedacitos de chocolate del que había sacado sistemáticamente todos los pedacitos—. Pero ahora que sé que estás deprimida, las largas siestas ya tienen sentido.

Se quedó de pie a mis espaldas y me quitó las migas de galleta del pelo con ternura.

—Confía en mí, tesoro. Estoy segura de que volverá.

—¿Lo crees de verdad?

—Ya lo verás —repuso—. Te lo prometo.

Al cabo de dos meses, Cliff volvió.

Cuando me enamoré de un chico llamado Ian, un estudiante de primer año de universidad que me dijo que me quería como nunca había querido a nadie, lo suficiente para confesarme, sólo a mí, que era gay, mientras el rímel se le corría con las lágrimas, mi madre me consoló diciendo:

—Mejor que haya sido ahora que dentro de treinta años —me rodeó con el brazo—. ¿De verdad podrías ir en serio con un hombre que lleva bustier? —y finalmente añadió—: Estás mejor sin él.

Cuando tenía veinticuatro años, Jay McPhee puso fin a nuestra relación de dos años explicando que, en tanto su modelo de amor preferido era el de «El hueso del perro» —a saber, dos entidades separadas e independientes unidas por un puente largo y sólido (dijo «largo» dos veces, como en «un puente largo, largo y sólido») —, mi ideal era lo que él llamaba «El Pretzel», donde dos personas están entrelazadas, fusionadas en varios puntos, impidiendo toda posibilidad de individualismo. O de evasión.

—Yo no soy un pretzel —repliqué, desesperada.

—¡Ya lo creo que sí!

—¡Puedo ser un hueso de perro! —supliqué—. ¡Puedo serlo! ¡Dame una oportunidad!

No es que pensara que Jay y yo estuviéramos hechos el uno para el otro, pero siempre había esperado ser yo, y no él, quien decidiera si aguantar o no una vida de arrepentimiento y mediocridad opresiva.

—¿Te dije que no eras independiente? Eso es ridículo —dijo mi madre mientras me cogía la bolsa de fin de semana que había traído para quedarme en el apartamento de mis padres hasta que me sintiera mejor.

Me condujo a mi antiguo dormitorio, que seguía decorado con los muchos pósteres de gatos que coleccionaba antes de descubrir que era alérgica a ellos.

—¡Que no eres independiente! —se burló—. Mira lo que te digo. Volverá. —Y cuando eso no ocurrió, me aseguró—: Estás mejor sin él.

Por la época en que cumplí veintiséis años, cuando rompí con David Orlean a regañadientes porque se quejaba de mi excesiva independencia y mentalidad profesional, mi madre añadió un nuevo dicho a su repertorio.

—Las personas que quieren estar casadas lo están —repetía—. Fíjate en esa mujer, la que te enseñé en el periódico, la que ahora

está ciega porque su esposo le echó ácido en los ojos. Aun sabiendo que él tenía amantes, y aunque la mutiló, siguió casada con él.

Asintió con la cabeza y se cruzó de brazos, como diciendo: «Soy un genio, ¿no?»

Yo estaba confusa.

—De acuerdo. ¿Y qué?

—¡Que si de verdad quisieras estar casada lo estarías! —dijo una fuerte palmada—. Ésta es la respuesta. Cuando lo desees de verdad, ocurrirá.

Al cabo de un año todavía no había ocurrido y yo empezaba a desearlo en serio. Había habido otro David. En esta ocasión se trataba de David Soloway, un hombre al que conocí en Los Ángeles, donde acababa de licenciarme en la Facultad de Cinematografía. Estaba entregado a mí y hablaba del matrimonio con frecuencia, pero teníamos problemas. Siempre quería que me pusiera pantalones cortos, de esos que yo consideraba que sólo debían ponerse las mujeres que se referían a su jefe como a «mi chulo», y a menudo comentaba que no juzgaba a las mujeres que se operaban los pechos. O que se hacían una liposucción. A cualquier edad. También podía ser muy crítico. En una ocasión me habló de una ex novia que le había susurrado al oído: «Te quiero dentro de mí».

—¿Te quiero dentro de mí? —dijo, asqueado—. ¿Cómo se puede decir una cosa así? Di: «Necesito esa polla enorme y dura dentro de mi caja caliente», o: «Tu polla es tan jodidamente descomunal que me corro sólo con mirarla», o simplemente: «Fóllame con ese increíble pedazo de polla», pero ¿«Te quiero dentro de mí»? ¿Y se suponía que eso tenía que ponerme cachondo?

Me entristecí cuando rompimos. Sabía que era lo correcto, pero seguía preguntándome cuántas oportunidades tienes en la vida de encontrar a la persona adecuada. ¿Serían tres? ¿Cinco? ¿Menos? ¿Las habría agotado ya sin saberlo? ¿Tendría que haberme quedado con él por si acaso no encontraba nada mejor? Además, hacía poco

había hecho frente al rechazo unánime de mi primer guión. Se llamaba *Encantada de conocerme*, y trataba sobre una mujer soltera de treinta años siempre deprimida que odia su vida y que viaja hacia atrás en el tiempo para evitar que su yo adolescente se convierta en una soltera de treinta años que odia su vida. Yo tenía la esperanza de que fuera una de esas comedias para hacerte sentir bien destinada a las consumidoras de Zoloft, una prueba de que los abrumadores problemas psicológicos, inmunes tanto a la terapia como a la medicación, podrían invertirse fácilmente con la ayuda de una máquina del tiempo. Aunque conseguí entrevistas en algunos estudios, al final nadie compró el guión. Era una nerviosa, inquieta y gran perdedora tanto en el trabajo como en el amor y, una vez más, ahí estaba mi madre, ansiosa por recomponerme.

—¡Lo que te hace falta es un viaje a Praga conmigo en mayo!
—anunció.

Anteriormente ya habíamos viajado las dos juntas a lugares como China, Japón y Holanda. A finales de la década de 1970 fuimos a Pekín y a Shangái, donde degustamos patas palmeadas de pato en rodajas, medusa y otra cosa que luego nos dijeron que era serpiente estofada. Cuando estuvimos en Ámsterdam alquilamos un coche para explorar la campiña y mi madre se metió sin querer en un único carril para bicicletas, donde los enojados ciclistas nos arrojaron manzanas al parabrisas.

—Creía que se suponía que los holandeses eran muy pacíficos
—comentó mi madre mientras limpiábamos el jugo de manzana del capó.

Y ahora quería que fuéramos a visitar Praga, una ciudad que mi madre tenía la sensación de que prometía tanto arquitectura apasionante como la posibilidad de más aventuras. Le dijo a mi padre que tenía que arreglárselas solo durante diez días y allá que nos fuimos. El vuelo fue tranquilo y todo marchaba bien hasta que pasamos por inmigración. Toda la demás gente avanzó en fila con rapidez hasta que nos tocó a nosotras. El funcionario examinó el formulario de mi madre con expresión confusa.

—¿Qué significa esto? —dijo entrecerrando sus ojos de párpados grandes.

Miré el formulario de mi madre.

—¿Tenías que escribir esto, mamá?

Ella sonrió al darse cuenta de lo que el hombre señalaba.

—Soy voluntaria profesional —explicó mi madre—. Es mi profesión. Recaudo fondos para organizaciones benéficas que apoyan a comunidades que se están convirtiendo en autosuficientes. Construimos hospitales y escuelas, pero yo no cobro un sueldo.

El funcionario se encogió de hombros y le selló el pasaporte.

En el taxi de camino al hotel mi madre repitió que estaba muy contenta por la maravillosa tarifa que habíamos obtenido.

—El hotel se encuentra en el centro mismo de la ciudad —dijo—. Lo he hecho bien.

Así lo creíamos hasta que llegamos al hotel y descubrimos que lo estaban reformando. Lo primero que pensé al ver nuestra habitación fue que la había diseñado un arquitecto especializado en cárceles del Tercer Mundo. La cama era algo parecido al trasto en el que dormiría un monje tras haber renunciado a sus posesiones terrenales. Como si eso no fuera ya bastante malo de por sí, encima nuestra ventana estaba tapada con un pedazo de madera astillada para evitar que entrara el polvo de las obras del exterior. Cuando el botones quiso decirnos a qué hora se servía el desayuno, tuvo que gritar para hacerse oír por encima del estruendo de las bolas de demolición y la maquinaria pesada. Intentamos cambiar de hotel, pero, como estábamos en mayo, lo único que quedaba disponible se encontraba a cuarenta minutos de la ciudad.

—Pues bueno —dijo mi madre—, no pasaremos el tiempo en el hotel. Al fin y al cabo, ¿quién quiere hacerlo?

En Praga, por lo visto, los obreros iniciaban su jornada muy temprano. Miré fuera y vi a un grupo de hombres bigotudos fumando y bebiendo café solo mientras escuchaban una música de acordeón de ritmo apresurado.

Mi madre y yo empezamos el día con lo que yo había oído denominar el Barrio Judío, pero al que el conserje se refirió como la Ciudad Judía, lo cual me sonó como un parque temático lleno de atracciones, como La Montaña Rusa Emocional.

—¿Crees que era antisemita? —pregunté cuando abandonamos el hotel.

—Tú y tu paranoia —repuso ella—. No, no creo que fuera antisemita. Y tampoco creo que lo fuera el taxista —dijo refiriéndose al viaje desde el aeropuerto—. Creo que el hecho de que nos llamara «judías» fue una traducción desafortunada.

Nos dirigimos a Josefov, el Barrio Judío. Mi madre iba leyendo la guía en voz baja mientras caminábamos.

—«La zona se llamó así en honor al emperador José II del Imperio austríaco, a quien pertenecía la República Checa en el siglo dieciocho. En 1781 el emperador José dictó el Edicto de Tolerancia mediante el cual se revocaba la vieja ley que exigía que los judíos llevaran unas gorras características y una estrella de David en la ropa» —volvió a meter la guía en el bolso—. Bueno, pues gracias a Dios por ello. Verás, esta ciudad era muy progresista por lo que respecta a los judíos, ¿sabes? —sacó una foto del reloj hebreo, que tenía los números en hebreo e iba al revés. Estaba situado en lo alto de un edificio color malva de elaborada fachada barroca. Era temprano y las calles se encontraban vacías cuando nos dirigimos a la sinagoga «Vieja-Nueva» de al lado.

Fue entonces cuando noté un golpecito en el hombro. El joven tendría unos veinticinco años y era guapísimo. Tenía los ojos azules, una melena negra hasta los hombros e iba vestido con vaqueros y un jersey de cuello de pico de color crudo. Poseía una belleza etérea que decía: «Puedes mirar, pero no tocar». Los poetas escribirían sobre bellezas como la suya. Lo cual me hizo pensar en el soneto de Shakespeare, «¿Puedo compararte con un día de verano?» Entonces pensé en lo que diría Shakespeare de mí. «Y ésta la comparo con una noche húmeda en Newark.»

—¿Sois judías? —preguntó el joven.

Yo apreté los dientes y lo miré.

—¿Por qué?

Mi madre intervino al tiempo que se ponía las manos en las caderas.

—Sí, somos judías. Y estamos profundamente orgullosas de serlo.

—Yo también —repuso él alegremente. Nos tendió la mano—. Me llamo Miguel. Soy de Argentina.

—Hola, Miguel —mi madre le estrechó la mano—. Yo soy Joyce Arnoff-Cohen. —Ella siempre utilizaba el apellido con guión, lo cual suponía una vuelta a su interés por el feminismo de principios de la década de 1970 cuando, por un breve espacio de tiempo, anduvo sin sujetador y se pavoneó con un abrigo largo fosforescente ribeteado con nudosa piel de yak—. Y ésta es mi hija, Amy Cohen.

Miguel sonrió.

—Es un gran placer conoceros, Amy y Joyce. ¿Puedo ir con vosotras?

—Nos encantaría —contestó mi madre.

Durante la comida descubrimos que Miguel había planeado ir a Praga con su hermano, pero que éste había sufrido un percance futbolístico que tuvo como resultado una herida de poca importancia en la cabeza.

—Estoy estudiando para ser pediatra —nos contó Miguel.

—¡Bravo! —exclamó mi madre.

—¿Te gustan los niños, Amy? —me preguntó.

—No me gustan, me encantan —respondí esgrimiendo mi mejor artificio de madraza—. Me muero por tenerlos.

—Yo también —dijo él con un guiño—. A mi madre le gustaría que los tuviera mañana mismo. Creo que pronto estaré preparado —empujó su plato hacia mí—. Amy, ¿quieres comerte el resto de mi ensalada? Está muy buena.

—No, gracias —respondí, pero lo que en realidad quería decirle era: «Yo tendré a tus hijos».

Un médico judío argentino. Y por si Miguel ya no era lo bastante perfecto, cuando fuimos al cementerio judío, lloró. No sollozó, sólo

le cayó una única lágrima elegante por una de sus mejillas perfectamente moldeadas. Le ofrecí una servilleta que me había llevado del restaurante y se dio unos toques con ella en la comisura del ojo.

Me tomó la mano y la sostuvo un momento.

—Gracias —me dijo—. Es que el estar aquí me produce mucho sentimiento. Todo lo que hemos soportado y por lo que hemos luchado. Todas las personas que murieron.

Nos quedamos entre las lápidas, algunas gruesas, otras altas, todas apiñadas. Mi madre también lloraba, pero ella ya había empezado a hacerlo nada más cruzar la puerta principal.

—Tus palabras son muy hermosas, Miguel —dijo, y se sonó la nariz.

Yo también estaba muy emocionada por estar allí y sin embargo, no podía pensar en otra cosa que no fuera: «¿Cómo puedo librarme de mi madre?»

—Espero que cenarás con nosotras, Miguel —dijo ella.

—Sí —contestó él—. Esperaba que me lo pidieras, Joyce.

Entonces nos besó a las dos en ambas mejillas y dijo:

—Hasta luego.

Nos lo quedamos mirando mientras se alejaba, y cuando tuvimos la seguridad de que se encontraba fuera de la vista, mi madre comentó:

—Es un joven irresistiblemente atractivo. Por él iría a visitarte en Argentina.

—No vayas tan deprisa, compañera —dije, dirigiéndome tanto a mi madre como a mí misma.

—Cariño, una madre puede soñar, ¿no es cierto? He visto que te miraba fijamente no una vez, sino varias.

—No. ¿En serio?

Se cruzó de brazos y asintió con la cabeza.

—Sí, en serio. Para empezar, la única razón por la que lo invité fue por ti. A veces necesitas que tu madre te dé un empujón.

De acuerdo, pensé, me desharía de ella después de cenar.

Elegimos un restaurante que, según nos dijeron, era el mejor de Praga. Lo cierto es que se trataba de una estancia amplia que habían dividido en varios comedores formales e íntimos, con tan sólo unas pocas mesas cada uno.

Cuando llegó Miguel, me pareció todavía más guapo de lo que lo recordaba. Llevaba puesto un fino traje de lana azul marino de un solo botón con un jersey de cuello de pico de un azul cálido e intenso. ¡Era tan europeo y yo tan local! Él era la Riviera. Yo era el East River. Estábamos a principios de los noventa, cuando hacían furor las botas veganas y los pichis holgados con camiseta debajo, que era lo que me había puesto yo para la ocasión, mi conjunto preferido. También me había puesto unos pendientes grandes de aro. Rara vez llevaba pendientes porque creía que me hacían parecer una gitana y, fiel a mi miedo, en aquellos momentos me sentía como si tuviera que estar golpeando una pandereta y robándoles la cartera a los turistas en un mercado abarrotado de gente.

—Estáis preciosas las dos —dijo.

Me imaginé besándole. Bajo uno de los espectaculares arcos que habíamos visto aquel día, o en una calle adoquinada con mi pichi largo y mis botas veganas. Apretaría ese guapo rostro argentino contra el mío. Él me susurraría al oído algo así como: «No veía el momento de que terminara la cena. Me moría por estar a solas contigo». Tan sólo tenía que cuidarme de no beber mucho puesto que estaba muy nerviosa.

—Joyce, el collar que llevas es muy poco corriente —comentó Miguel.

Mi madre llevaba un jersey fino de color rojo y un pesado collar de plata que mi hermano, mi hermana y yo creíamos que se parecía a un órgano dilatado y enfermo.

—Se lo compré a un escultor en Tel Aviv —explicó mi madre— que normalmente realiza grandes obras utilizando chatarra de las latas. Mis hijos detestan este collar, ¿verdad?

—Lo llamamos «El hígado» —tercié mirando a Miguel con una sonrisa. Seguí sonriendo, luego sonreí un poco más, pero él no me miró. En cambio, miraba fijamente a mi madre.

—¡Oh, no! Es muy artístico —dijo Miguel—. Además, lo cierto es que llamarlo «El hígado» es un cumplido por todo lo que este órgano hace.

—No me fue muy bien en biología —comenté—. Resultó que nuestro profesor de biología se sacaba un dinero extra como actor de películas porno y lo despidieron a mitad de curso.

—Eso está muy bien —se volvió hacia mi madre—. El hígado es nuestro filtro. Nos mantiene vivos. Es el órgano más importante del cuerpo —explicó Miguel, que se acercó tanto a mi madre que sus rostros quedaron a pocos centímetros de distancia—. Después del corazón —extendió la mano—. ¿Puedo tocarlo, Joyce?

—¡Pues claro que sí! —respondió mi madre.

Me quedé mirando mientras Miguel alzaba aquel pesado bulbo piriforme que mi madre llevaba en medio de su pecho.

—Es fantástico —afirmó sin mirar el collar, sino fijamente a los ojos de mi madre, de la manera en que yo me imaginé que me había mirado cuando le ofrecí la servilleta de papel en el cementerio, aquel breve instante que se había estado repitiendo en mi cabeza durante todo el día. Eso fue antes de empezar a imaginarme que Miguel pasaría sus próximas vacaciones conmigo en Los Ángeles. Me imaginé que pasaríamos todo el tiempo escondidos en mi apartamento oscuro y un tanto deprimente. Cuando lográramos arrancarnos de los brazos del otro, lo llevaría a una de esas fiestas que parecían tan propias de Los Ángeles, de esas en las que estás haciendo cola frente al barril de cerveza y te das cuenta de que tienes detrás de ti a John Stamos y Dave Grohl. Luego, al final de la velada, les diría adiós con la mano a mis amigos, todos ellos guionistas de éxito, y pensaría que, a pesar de ser una absoluta fracasada con una carrera en el retrete, al menos tenía a un ardiente novio argentino que quizás algún día me amaría.

Cuando vino el camarero, Miguel seguía aferrado al collar de mi madre como si lo tuviera pagado a los dedos.

—Está claro que tienes muy buen ojo para el estilo, Joyce —aseguró Miguel.

El camarero, un hombre delgado con un llamativo bigote negro que alfombraba su labio, se detuvo frente a la mesa sosteniendo dos botellas de vino, aguardando a que mi madre se apercebiera de su presencia. Le di una patada a mi madre por debajo de la mesa con la intención de decirle que el camarero estaba allí de pie, pero Miguel me miró y frunció el entrecejo.

—Es mi pie —dijo, y soltó el collar.

—Éste parece bueno, mamá —dije señalando el más caro de los dos.

Mi madre aceptó mi sugerencia y miró al camarero.

—Tomaremos éste.

—Excelente elección, Joyce —dijo Miguel—. No hay duda de que entiendes de vinos.

—Sé que me gustan —repuso mi madre—, pero no puede decirse que sea una experta. He sido una expatriada, cuando viví en Inglaterra después de la guerra, pero nunca una experta.

Miguel se rió. Fue una risa expansiva, una alegre carcajada. Yo ni siquiera estaba convencida de que hubiera entendido lo que había dicho mi madre.

—Eres muy graciosa, Joyce —dijo. Entonces se volvió a mirarme—. ¿No le dice todo el mundo lo graciosa que es?

—La verdad es que no —contesté. Apuré mi copa de vino y volví a llenarla.

—Las mentiras te abrirán todas las puertas —dijo mi madre—, pero la graciosa es Amy. Adivina a qué se dedica Amy, Miguel. Anda, cuéntaselo tú, cariño. Es muy emocionante.

—No, mamá, en serio —moví la mano de un lado a otro de la garganta, diciéndole por gestos que dejara de hablar de ello.

Miguel mantuvo la mirada fija en mi madre mientras se volvía hacia mí a regañadientes.

—¿A qué te dedicas? —preguntó.

—Acabo de licenciarme en la Facultad de Cinematografía —dije—. Escribí un guión que no llegaron a comprarme. Fin de la historia.

Me quedé mirando mi copa vacía, esperando que Miguel me sirviera otra, como hacía por mi madre.

—Vamos, vamos —terció ella—. Es mucho más emocionante que eso. Cuéntale de qué iba la película.

—Va de una mujer que retrocede en el tiempo para encontrarse consigo misma siendo adolescente —expliqué, como si mis palabras avanzaran a marchas forzadas hacia la muerte—. De adulta es muy infeliz, por lo que intenta evitar convertirse en una persona tan desgraciada. Etcétera, etcétera...

Al principio Miguel no dijo nada; dio la impresión de estar cavilando sobre lo ingenioso de mi guión. Pero no me miraba a mí, sino a algún punto en la distancia.

—¿Por qué las películas de Hollywood se han vuelto tan tontas? —preguntó—. No me refiero a la tuya —añadió al fin, lo cual dejó absolutamente claro que no era así—. ¿Tan desesperada está la gente por hacer dinero?.

—Bueno, es que es Hollywood —dije, bastante desesperada yo también. Alargué la mano para coger la botella de vino que entonces estaba delante de Miguel—. Mi única intención era hacer reír a la gente. Es mi primer guión.

—¿Y ése es un motivo para hacerlo? —dijo—. El mundo necesita *El cazador* y *La batalla de Argel*, no otra comedia insustancial.

Antes de que pudiera defenderme y mencionar que era una gran admiradora de ambas películas y que las había visto varias veces, Miguel se volvió hacia mi madre.

—¿Y tú a qué te dedicas, Joyce?

Ella se irguió en el asiento y supe lo que se avecinaba.

—Soy voluntaria profesional —respondió—. Lo cual significa que...

—Lo entiendo —la interrumpió él—. Trabajas para una organización benéfica. Es excelente. Háblame de ello. Me interesa muchísimo porque durante un tiempo estuve pensando que quería entrar en el Cuerpo de Paz. Para dedicar mi vida al servicio público. Y mis padres lo aprobaban. Mi padre pasó una breve temporada trabajando en África con el doctor Schweitzer.

—¿Y tuvieron que conformarse con un doctor? —dijo mi madre, orgullosa de su broma.

Miguel se rió con ganas.

—Sí, es triste, ¿verdad?. No, en serio, pensé, y mi padre estuvo de acuerdo, que con una licenciatura en medicina sería de más ayuda en una sala de enfermos de sida. —Me sonrió mecánicamente, como si me dijera: «¿Lo ves? No todo el mundo está tan desesperado por hacer dinero». Entonces se volvió nuevamente hacia mi madre—. Es que veo a mucha gente que es demasiado indulgente con su vida.

Para entonces mi copa ya estaba vacía, y la botella también. No tuve más remedio que robarle el vino a mi madre.

—Miguel, cuando Amy iba al instituto recaudó fondos para Oxfam —dijo mi madre—. Siempre estuvo muy comprometida.

Él le lanzó una mirada teatral.

—Eso es porque eres una madre maravillosa. Has inculcado a tus hijos la importancia de pensar en los demás —entonces se volvió hacia mí—. ¿Ahora trabajas de voluntaria? Es probable que en ocasiones quieras alejarte de ti misma.

Fue más o menos entonces cuando terminé con el cuello de cerdo con salsa de eneldo y empecé con el *goulash* que le quedaba a mi madre.

—El mes pasado pinté adornos de Navidad en un centro para jóvenes delincuentes —dije al tiempo que pinchaba varios dados de carne resbaladiza y los engullía—. Pinté copos de nieve con un chico que había robado en un Seven-Eleven.

—Bueno, eso está muy bien —comentó él—. Joyce, ¿la gente no te dice que tienes un aspecto muy joven? Es asombroso.

—Creo que te ha dado demasiado el sol —repuso ella—. Pero es encantador por tu parte.

—¿Habéis terminado? —tercié.

Miguel me miró y señalé al camarero que estaba de pie a mi izquierda.

—Quiere llevarse los platos —dije.

—Ah, sí —dijo mi madre.

—Gracias —añadió Miguel.

—Me he portado bien todo el día —dijo entonces mi madre—, pero no puedo contenerme más. ¿Tienes novia?

Miguel adoptó un aire tímido y bajó la vista a su regazo, momento que aproveché para musitarle a mi madre: «¡Déjalo ya!» Ella agitó la mano como para decir: «¡Vamos, cállate!» Eso me recordó una vez que le conté que había conocido a un ingenioso productor de Hollywood un tanto famoso en una fiesta y que me había enamorado de él insaciablemente y ella dijo: «¡Llámallo e invítalo a tomar una Coca-Cola!» Era esa sensación de pensar: «¿En qué planeta vives, mamá?» Yo no le gustaba al doctor argentino judío. Lo mejor era perder el combate y volver a casa sangrando lo menos posible.

—Estoy muy disponible, Joyce —contestó él mirando a mi madre con una sonrisa—. Dime, ¿dónde está tu esposo? ¿Estás casada?

—Mi padre tuvo que quedarse trabajando en Nueva York —comenté—. Lo llamamos antes de venir a cenar. Dijo que nos echaba de menos. Mucho. Nos extraña de verdad. Está loco de celos.

—Bueno, es un hombre muy afortunado, Joyce —dijo Miguel—. Tienes un carácter muy especial. Además de que eres muy hermosa, es como si te conociera desde hace mucho. Imagino que has tenido una vida muy interesante.

Mientras mi madre le contaba los años que había pasado en la Inglaterra de la postguerra, cuando conoció a Freud y comió sopa de lentejas con Alec Guinness, yo me comí toda su porción de *strudel* de manzana y a continuación la generosa fuente de crepes regados con chocolate espeso y nata que se suponía era para tres. Y después pedí un plato de esponjosos buñuelos de melocotón.

—Mañana vamos a hacer la ruta de Kafka —dijo mi madre—. Se me hace la boca agua. Me encanta Kafka.

Miguel adoptó un semblante soñador.

—Es mi escritor favorito —declaró—. ¿Cuáles son tus obras preferidas?

—¿Cuál es la historia de Kafka que describe la tortura y asesinato de prisioneros? —interrumpí mirando a Miguel—. Ésa que es brutal, en la que tienen ese instrumento al que llaman el «aparato».

—*En la colonia penitenciaria* —dijo mi madre alegremente—. A mí también me encanta esa historia. Aun así, creo que *La metamorfosis* sigue siendo mi favorita.

—La mía también —afirmó Miguel—. Un gusto excelente, Joyce.

Mi madre se ruborizó y me miró.

—Oh, cariño, pareces estar a punto de desfallecer. Vámonos a dormir.

Y se acabó. No habría paseo a medianoche. Ni besos debajo de ningún arco. Sólo bolas de demolición a las seis de la mañana.

Cuando salíamos del restaurante, Miguel dijo:

—Espero verte mañana. —Y añadió torpemente—: A las dos.

Mi madre sonrió y le dijo adiós con la mano.

—Está enamorado de ti —le dije.

—¡Vamos, por favor! Eso es ridículo. La culpa es del vino.

—¿El que has bebido tú o el que he bebido yo? —repuse—. Y mañana no pienso pasar el día con él.

—Estupendo. Saldremos del hotel antes de que venga. Además, ya conoces a esos latinos. Son como los italianos. Están todos locos por sus madres y estoy segura que lo único que buscaba en mí era una sustituta. A decir verdad, resulta muy insultante.

A la mañana siguiente, de camino hacia el Castillo de Praga, recorrimos el Callejón de Oro, una hilera de diminutas casitas de vivos colores construidas en las murallas del castillo en el siglo XVI para albergar a la guardia. Yo había vuelto a ponerme el pichi, un penoso recordatorio de la cena de la noche anterior, y mi madre llevaba una alegre blusa escocesa, una falda de sarga y unas burdas alpargatas que hacían que sus talones adquirieran un doloroso tono rosado.

Era un día cálido de primavera, sin viento, y nos detuvimos frente a un edificio desproporcionadamente bajo, de color azul claro, en el que Franz Kafka había vivido con su hermana durante un breve espacio de tiempo.

—Espero que tengas una boda *kosher** —dijo mi madre mientras metía la mano hasta el fondo de su bolsa de la televisión pública buscando su cámara—. No dejo de preguntarme qué fue lo que influyó la obra de Kafka. ¿Vio una cucaracha en la cocina y se imaginó *La metamorfosis*? Sé que tenía tuberculosis y creo que se estaba muriendo de inanición cuando escribió *Un artista del hambre* —contempló el pequeño edificio y levantó la mirada hacia la ventana del segundo piso—. ¿Estaría enamorado cuando vivía aquí? ¿Estaría deprimido? —sonrió—. Es divertido imaginárselo, ¿no?

Yo la miré sin saber cómo reaccionar exactamente.

—¿De qué estás hablando? —dije—. ¿De mi boda? Si ni siquiera tengo novio.

—Ya lo sé —repuso ella mientras encuadraba una fotografía de la casa procurando enfocar el tejado de tablillas—. Me refiero a cuando sea. Cuando te cases, espero que sea una boda *kosher*. No me gustaría que mis amigos *kosher* tuvieran que comer en platos de papel.

Todavía no sé por qué le seguí la corriente.

—¿Cuántos amigos *kosher* tienes? —pregunté.

Ella empezó a contar.

—Bueno, está el rabino Hershkowitz y su esposa, Tsipora, eso hacen dos. Y Sam y Audrey Bloom, con lo que ya son cuatro. Me gustaría invitar a los Yarone de Israel, con lo que son seis, pero dudo que vengan.

He leído que no hay nada más rápido que la velocidad de la luz, pero creo que en segundo lugar estaría la velocidad en la que pasé de tener veintisiete años a tener trece.

* En yidis, alimento que se ajusta a los preceptos judíos en cuestiones dietéticas; por extensión, algo o alguien conforme a la ley judía. (*N. de la T.*)